

La hipoteca

¿Cuánto cuesta cuidar a un enfermo?

MARÍA ÁNGELES DURÁN*

En los hospitales públicos españoles de geriatría y crónicos, el promedio de trabajadores de plantilla por enfermo/año es 1,11, y el coste estimado de personal de plantilla por enfermo/año es 4.939.456 pesetas. En los hospitales psiquiátricos de larga estancia, el promedio de trabajadores de plantilla por enfermo/año es 0,74, y el coste estimado de personal de plantilla por enfermo/año es 3.292.970 pesetas. En las residencias geriátricas privadas, las plazas de quienes no pueden valerse por sí mismos tienen un precio próximo a las cuatrocientas mil pesetas mensuales, lo que las convierte en inaccesibles para la mayoría de las familias,

incluso cuando se reparten entre varios descendientes las aportaciones para el pago.

Quienes se hacen cargo de los enfermos crónicos, especialmente cuando se trata de enfermedades o discapacidades mentales, asumen casi inevitablemente una condena a la pobreza, tanto en términos monetarios como psicológicos y sociales. No figuran como activos en los informes laborales, sino como “*pasivos*” y “*dependientes*”. Tampoco son contabilizados, excepto en su papel de consumidores, en la Contabilidad Nacional. Las instituciones sociales y sanitarias “*cuentan*” con ellos como complemento de sus servicios, y gracias a ellos mejoran sus balances e incluso

* Catedrática de Sociología y Profesora de Investigación del CSIC.

pueden cerrar o reducir el trabajo en los establecimientos los días festivos o en períodos vacacionales. Hasta ahora aún no se han calculado los costes reales de la enfermedad más allá de los presupuestos sanitarios o de las jornadas laborales perdidas: y sobre todo, nadie ha puesto en duda el sistema ni ha propuesto políticas de redistribución de las cargas del servicio.

La democracia ha llegado a las relaciones laborales, y a la estructura formal de participación política; pero el trabajo del cuidado sigue recayendo sobre un tipo de trabajadores invisibles, en su mayoría mujeres que han rebasado la cincuentena, que aún no han conquistado el derecho al descanso ni a la independencia económica. Pueden, con toda razón, preguntarse en qué les ha alcanzado a ellas la reducción de jornada, el derecho al descanso dominical y las vacaciones, la sociedad de la participación y del ocio, el mundo dorado de la modernidad. Este artículo pretende ser una llamada de atención sobre las condiciones de vida de estos enfermos y la de quienes se hacen cargo de su cuidado.

El episodio

En ningún ensayo sociológico o económico he visto expresado el rigor de esta relación con más claridad que en la queja que escuché, hace ya dos años, en la sala de urgencias de un gran hospital de la Seguridad Social, en Madrid. No fue una queja repentina, sino que surgió después de un tiempo y un clima que hizo posible su brote. Pero el malestar profundo, contenido estaba allí latente y afloró apenas las circunstancias mitigaron un poco las barreras de la contención. Por eso voy a tratar de reproducir la atmósfera y el contexto en que surgió.

Era una tarde de noviembre, ya oscurecida, desapacible de viento y lluvia. El gran espacio de la sala de urgencias se dividía en

cuñículos mediante cortinas correderas, que aislaban cada cama de la vista de la cama vecina. Las cabeceras de los enfermos se alineaban a lo largo de dos paredes fronteras, y había un pasillo central por el que se movía el personal sanitario. Las cortinas laterales aliviaban el peso de la presencia de los otros enfermos y los otros familiares, pero todos los cuñículos estaban descorridos por el lado de los pies, de modo que no había más obstáculo que los que pusiera el pudor para ver lo que les sucedía a los enfermos de enfrente. En cuanto al oído, las cortinas no eran barrera, y queriéndolo o no, se escuchaban todas las conversaciones cuyo tono superase el de un bajo murmullo. De las ocho camas, seis estaban ocupadas por ancianos, y a todos les acompañaba algún familiar, sentado en una silla al costado del enfermo. Varios pacientes sufrían de sordera en algún grado y los médicos necesitaban levantar la voz o ayudarse con el familiar para hacerse entender mejor. La atmósfera del lugar, aun siendo tan concreta y grave, tenía algo de irreal por el carácter flexible de las cortinas blancas, que le daban cierto parecido con tiendas de campaña, como si se tratara de un hospital de guerra o un frente de batalla.

El número de acompañantes estaba restringido y algunos se turnaban con familiares que aguardaban fuera; pero la mayoría llevaba ya allí muchas horas, esperando el alta o el resultado de pruebas. Condenados a forzosa inmovilidad, junto a enfermos que en muchos y largos intervalos estaban semiconscientes o dormidos, los ojos de los acompañantes seguían discretamente cualquier incidencia que tuviese lugar en la sala; las entradas y salidas del personal sanitario, los diagnósticos, los relevos de acompañantes, las despedidas, el paso de carritos o artefactos móviles.

Había una enferma muy grave, acompañada por otra que sin duda era su hija. La anciana no

respondía a ninguno de los estímulos de la mujer más joven y ésta lloraba a ratos: cogía cariñosamente su mano inerte, la besaba, hablaba con ella, o más bien le musitaba un monólogo y volvía a llorar, hasta que perdía las fuerzas y se quedaba callada y quieta.

Cerca de la moribunda (supongo que estaba agonizando, y por sus lágrimas y gestos así parecía suponerlo también la mujer que la acompañaba) había un anciano a cuyo lado se sentaban, por turnos, una nieta quinceañera y su nuera. El hombre se había desvanecido en casa por la mañana (*“se quedó como muerto, y no volvía en sí por más que hacíamos”*), y estaban esperando todavía el resultado de las varias pruebas que le habían hecho. La nuera salió un rato a llamar por teléfono y a estirar las piernas. Entró la nieta, y al darle un beso decía: *“¡Abuelo!, ¡qué susto nos has dado!”*. Pasaron horas, y llegó un hombre de edad mediana, sin duda a la salida del trabajo: *“Padre: ¿Qué tal está?”*.

El anciano se había despertado, estaba locuaz e incorporado en la cama: el pelo gris, casi blanco, fuerte y corto: la estatura pequeña, los ojos vivos. Quería marcharse y se levantaba. Le pararon por el pasillo y llamaron a la enfermera. *“No se puede levantar”*. Pero el anciano volvía a intentarlo. Tenía una voz alegre, joven: y toda la atención de los forzados y silentes espectadores se concentraba en su persona.

Al cabo de un rato entró un pequeño grupo de médicos y enfermeras, haciendo ronda. Le examinaron, y le preguntaron qué le pasaba. No lograban que contestase nada inteligible sobre su enfermedad o el motivo por el que se encontraba allí. Finalmente, como test de su grado de cordura o consciencia, le preguntaron: *“¿En qué mes estamos?”* y él respondió contento: *“En verano”*.

Seguían los diálogos entre sanitarios y enfermos, así como el recuerdo en todos los presentes del frío y la lluvia que hacía fuera. Hasta la hija de la mujer moribunda dejó momentáneamente que su atención se distrajera de su madre y escuchaba, pendiente del anciano demenciado, que ahora volvía a hallarse a solas con su nuera.

Pasó más tiempo, y cada poco rato, el anciano trataba de marcharse en ropa interior. No valían argumentos ni persuasiones: *“¡Ay, qué hombre!”*. En un momento del diálogo con la enfermera que preparaba el alta, las respuestas del anciano, sus ocurrencias, eran tan disparatadas y chocantes, que todo el mundo se echó a reír. Fue una risa sin ruido ni maldad, que quebró la tensión y el cansancio que todos padecían; reían en parte para animar a la nuera, para acompañarla. Pero reían también porque la voz y el gesto del anciano parecían los de un niño, un niño travieso, risueño como viñeta de comic o como película de humor de cine mudo. No era la suya una demencia llorona ni agresiva, y en los ocasionales espectadores producía más ternura que miedo. Alguien, una mujer, avanzó un paso más allá en ese proceso de comunicación difusa que se había producido en la sala y dirigiéndose a la nuera le dijo: *“Tiene suerte, por el buen humor de su suegro”*.

La nuera recibió el sentir colectivo, la mezcla de piedad y homenaje: se relajó también y sonrió, como los demás sonreían. Pero sólo resistió ese papel dos o tres segundos. Luego, la voz se le escapó incontenible, casi inconsciente, como fermentada de mucho tiempo. Todos los que estábamos en la sala tuvimos que oír su queja profunda:

“¡Sí, sí, buena suerte...! ¡Lo que yo tengo es una hipoteca! ¡Una hipoteca porque desaparece cuando menos lo espero, y tengo que estar pendiente día y noche, año tras año,

que esto no es vivir...! ¡Que los demás se van y yo me quedo, y yo soy la que sé lo que es!

¡Una hipoteca, eso es lo que tengo!"

La enfermedad mental, en cifras

Fuente: Encuesta Nuevas Demandas, Aragón, 1990.	
Porcentaje de hogares con uno o más discapacitados sobre total hogares.	9 %
Porcentaje de incapacidades mentales sobre total de incapacitados.	18 %
Porcentaje de incapacidades generadas por la vejez sobre total incapacitados.	11 %
Porcentaje de hogares con incapacitados mentales o por vejez.	3,2 %
Fuente: Encuesta Nacional de Salud, España, 1995 y 1997.	
Personas que viven en hogares y dicen haber padecido en los últimos doce meses problemas psíquicos: depresión, nervios, alcohol, drogas, etc.	
Niños, E.N.S.E., 1995	2,1 %
Adultos, E.N.S.E., 1995	5,4 %
Adultos, E.N.S.E., 1997	6,4 %
Fuente: Encuesta de Actividades no Remuneradas. Madrid 1995.	
Porcentaje de personas mayores de 18 años que cuidan diariamente a un familiar enfermo con el que conviven.	4,84 %
Porcentaje de personas mayores de 18 años que cuidan diariamente a un familiar enfermo con el que no conviven.	2,15 %
Porcentaje de personas mayores de 18 años que cuidan diariamente a un anciano con necesidades especiales de atención, con el que conviven.	4,60 %
Porcentaje de personas mayores de 18 años que cuidan diariamente a un anciano con necesidades especiales de atención, con el que no conviven.	2,53 %
Fuente: O.N.C.E., Encuesta de Bienestar Social, 1997.	
Grado de dificultad de los discapacitados mentales sobre los que se informa en la encuesta, para desarrollar actividades cotidianas. Síntesis de varias actividades. (Cero equivale a ninguna dificultad y 200 a la total imposibilidad)	163
Fuente: Encuesta de Trabajo No Remunerado, Madrid, 1998.	
Porcentaje de responsables del hogar que cuidan diariamente a un enfermo sobre total de responsables de hogar.	4,7 %
Porcentaje de hogares en que existen enfermos que necesitan especial cuidado.	7,2 %

Esto lo escuché hace dos años, y no he podido olvidarlo. Lo más probable es que aquella mujer, y el hombre anciano, y la nieta, y el hijo, hayan vuelto más veces por la sala de urgencias del hospital. La nuera seguirá arrastrando la misma queja honda, más amarga que entonces,

porque nada habrá aliviado sus cuidados cotidianos y habrán transcurrido otros dos años, cien fines de semana, más de setecientas noches y días.

Como ella, y mucho peor que ella, hay cientos de miles de familiares de enfermos que apenas descansan en sus obligaciones, que no cuentan con un servicio de sustitución ni con residencias temporales. La inmensa mayoría del trabajo del cuidado de los enfermos geriátricos, crónicos y con problemas mentales recae sobre sus familiares directos, porque se supone que la enfermedad y la incapacidad no son principalmente un asunto público, ni necesitan una revisión desde la perspectiva del Contrato Social que vincula a los ciudadanos entre sí y con el Estado.

La enfermedad mental, en cifras

Las cifras son la contrapartida objetivizada del dolor que he retratado antes. Asépticos y fríos, cada porcentaje esconde personas concretas que sufren enfermedades, y familiares que sufren consecuencias de las enfermedades de sus allegados. La proporción de enfermos institucionalizados es muy baja, y las listas de espera para residencias, muy largas. El panorama estadístico dibujado por la tabla adjunta es el de los enfermos que viven en hogares, y que por tanto son cuidados principalmente por quienes conviven con ellos. Se refieren a los enfermos y discapacitados con problemas mentales, que sólo son una pequeña porción del conjunto de quienes necesitan que otros se ocupen de ellos.